

soro de su bondad. Dios os está dilatando la vida, y vosotros no acertais la cadena de vuestros pecados: la multitud de vuestros años son otras tantas bendiciones inútiles; miradlas, pues, dice San Gregorio, como maldiciones, y como señales, y pronosticos de vuestra reprobacion: *Ipsa prorogatae pietatis tempora, quasi damnationis argumenta timeamus.* (a)

¿Cuál es el motivo de que todavía dudemos de la salvacion de Salomon? ¿No es por haver abusado de los ultimos años de su vida? *Cum jam senex esset, depravatam est cor ejus.* (b) Su corazon, que se havia conservado inocente hasta entonces, se corrompió en la vejez, y su corrompida vejez borró todos sus pasados meritos; Dios ningun caso hizo de su sabiduría, ni del zelo que havia manifestado por la gloria de su nombre; y si por ultimo usó con él de misericordia, nos lo ha ocultado, y nos mantiene en esta duda despues de tantos siglos, para que el hombre obstinado no se fie de este exemplar, y para darnos à entender lo que es una vejez sensual, y sepultada en el pecado.

¿Pues qué pueden esperar aquellos, que diferenciándose tanto de Salomon en el empleo de su juventud, imitan los excesos, y la infamia de sus ultimos años? Mas de quarenta años empleados en la virtud havian hecho que este Rey fuese exemplar del Mundo, y objeto de las complacencias de Dios; pero todo esto solamente ha servido para que podamos dudar de su salvacion: y vosotros, pecadores, que apenas os acordais de haver vivido un dia como justos; que cada dia aumentais nuevos desordenes à los pasados, y que solamente os cansa la vida por las dificultades que en ella hallais para nuevos placeres, ¿en qué pondreis vuestra confianza à la hora de la muerte? ¿A qué podreis atribuir vuestra perseverancia en el mal? ¿Os ha faltado tiempo-

(a) *Moral.* 17. 4. (b) 3. *Reg.* 11. 4.

tiempo para reflexionar sobre vuestra conducta, luz para ver su desorden, ó exemplares, que à costa agena os avisen del peligro à que os exponéis? Las varias revoluciones que haveis visto suceder despues que estais en el Mundo, deben persuadirnos à que nadie puede librarse del brazo de Dios: si vosotros os haveis librado de él durante la vida, ¿os parece que os librareis en la hora de la muerte? No, Catholicos, vuestra obstinacion no tiene excusa, y asi tampoco tendrá perdon.

¿Qué injusticia os hace Dios en esto? Si no hay perdon para vosotros, tampoco vosotros haveis puesto fin à vuestros pecados; haveis pasado vuestra larga vida entregados à ellos, y quando ésta está para acabarse, os queixais de su rapidéz: quisierais ser inmortales para hacer inmortal vuestro libertinage; ¿pues por qué haveis de esperar que à la hora de la muerte se os abra la feliz inmortalidad, quando vosotros quisierais poner vuestra felicidad en la inmortalidad de vuestro pecado? A vosotros se dirigen propriamente aquellas palabras del Señor, pronunciadas por boca del Profeta Isaías: *Tacui, patiens fui*, te esperé con paciencia, estuve callando; (a) à vosotros se dirigen las palabras siguientes: *Quasi parturiens loquar, dissipabo, & absorbebo simul.* Finalmente, hablaré, pero al mismo tiempo os oprimiré, y os perderé; no habrá intervalo alguno entre la vida, y vuestra entera destruccion: *Dissipabo, & absorbebo simul.* Pero direis, si hacemos quanto podemos de nuestra parte en la hora de la muerte, para alcanzar de Dios misericordia, ¿nos la negará su Magestad? No, Catholicos, pero me falta manifestaros, que en la muerte nunca pondreis de vuestra parte las diligencias necesarias para alcanzar la misericordia; ya haveis visto las disposiciones de Dios para con el pecador que está para morir; ved ahora las disposi-

(a) *Isai.* 14. 40.

riones del pecador, que se halla en este estado, para con Dios.

SEGUNDA PARTE.

A Cerquemonos à la cama de aquel pecador tan anímoso, que estiende hasta las puertas de la muerte la esperanza de la vida, y tan cobarde al mismo tiempo, que por no alterar su salud con algun pensamiento melancolico, no se atreve à pensar en Dios. No obstante, llega la hora en que alguna amigo fiel, despreciando las adulaciones, y lisonjas, le dice, como el Profeta à aquel antiguo Rey de Judá: *Dispone domui tuæ.* (a) Buelve sobre tí, ya es tiempo; esta noticia regularmente no se da tan à cara descubierta. ¿Quántos artificios, y quántas contemplaciones se emplean para decir à un mortal que es preciso morir? Esto se acabó, ya no hay esperanza; es necesario llamar à un Confesor, la necesidad insta, persuaden al enfermo, y por ultimo se alcanza su consentimiento: entonces este busca en lo mas íntimo de su corazon algunas reliquias de constancia con que poder aparentar alguna firmeza; pero interiormente se abandona à la confusion de sus ideas; el entendimiento se cubre de tinieblas, y el corazon se llena de sobresaltos: examinemos lo que pasa en su entendimiento, y en su corazon, y veamos quáles son sus disposiciones para con Dios.

I. En el entendimiento hay dos especies de luces, que pudieran ayudar à su conversion, y son la razon, y la fé; la razon despertandole con motivos naturales de odio, y horror à la culpa, y la fé instandole con motivos sobrenaturales.

¿En dónde está la razon en el pecador obstinado?
¿Qué ha hecho ésta durante todo el curso de su vida?

(a) *Isai.* 38. 1.

¿Qué poder ha exercido sobre él? Casi siempre ha prevalecido la passion contra las mas claras luces de la razon; las razones de verguenza, y de pudor en la juventud; las razones de honor, y de interés en una edad mas abanzada; las razones de salud en la vejez, todas estas razones han sido despreciadas por seguir el atractivo del deleyte. Este es todo el poder, que desde la edad de quince años hasta los sesenta tiene la razon sobre el entendimiento de un libertino. En la hora de la muerte, decís, recobrarà la razon su vigor, y su fuerza; saldrà del sepulcro quando el hombre esté para entrar en él: su luz se encenderà quando la vida esté casi apagada; pero pensad, Señores, en los muchos estorvos de que entonces se halla rodeada la razon.

Primeramente, las molestias de la enfermedad, el alma, sepultada por la violencia del mal en una angustia, y en una inquietud invencible, llama à todas sus ideas à la contemplacion de su dolor: solamente piensa en su mal: las vigiliias, las congojas, los temblores, los crecimientos, y otros mil accidentes ocupan toda su atencion. ¿En dónde está entonces el discurso del hombre? ¿Os atreveriais à fiar à un hombre, que se halla en este estado, el menos importante de vuestros negocios? ¿Os pareceria que se hallaba en disposicion de dar un dictamen arreglado? ¿Pues cómo ha de poder decidir sanamente acerca de los negocios de su conciencia?

Además de las molestias del mal, hay otra, y es la que ocasionan las medicinas: se le encarga que descanse, que duerma, y que no se acuerde de cosa alguna que le pueda inquietar. ¿Podrà pensar seriamente en sus pecados, sin padecer una inquietud mortal? Hallandose disgustado de todo, interrumpido continuamente por las dolorosas operaciones de los Cirujanos, no pudiendo acabar de persuadirse, que el amor à la vida debe anteponerse à todos los dolores, ¿podrà en este estado

tener la presencia de espíritu necesaria para persuadirse à sí mismo, que él debe anteponer el amor de su salvacion al de sus pecados?

Además de la molestia de la enfermedad, y de los remedios, ocurre tambien la de los negocios: Toda la familia está confusa, la sucesion no está bien arreglada, hay que liquidar cuentas, y pagar deudas; los cargos, y los empleos corren riesgo; los amigos, y parientes lloran; todos os miran atentamente; todos quantos se presentan à vuestra vista parece que os hablan de negocios; ¿pues cómo podreis pensar en el unico negocio que os importa, y en el que jamás haveis pensado?

Ved, pues, à este hombre, que despues de tantos años no ha tenido tiempo para examinar su corazon, ni arreglar su conciencia; que unas veces se lo han impedido los pesares, otras la enfermedad, y otras la multitud de los negocios: en cada uno de estos casos separadamente se juzgaba falta de libertad, y de tiempo para convertirse à Dios; ¿pues cómo podrá ahora, Catholicos, convertirse? ¿Con qué disposiciones se hallará su entendimiento, quando en la hora de la muerte se vea rodeado de todos estos embarazos juntos? Quando cada parte de su cuerpo, al ver que la faltan las fuerzas le dirá, cuida de mí; quando los criados, al ver sus servicios mal agradecidos, y mal pagados, le dirán, cuidad de nosotros; quando todos los negocios de su casa, mal arreglados por su descuido, le dirán, cuidad de nosotros; quando los acreedores, mirando sus bienes confundidos con los del moribundo, le dirán, cuidad de nosotros; quando aquellas personas à quienes tiernamente amaba, le dirán con sus suspiros: ¡Ah! Cuida de nosotros por la ultima vez. Afligidos con todos estos objetos, y aturdidos con tan distintos clamores, oirá tambien à su razon, ya casi desfallecido, que desde lo profundo de la conciencia le dice: ¡Ah, infelíz! Cuida

da de tí, dexalo todo, y acuerdate solamente de tí mismo. ¿Os parece, Señores, que en este lance dareis oídos à vuestra razon débil?

Puede suceder que en este lance acuda la fé en socorro de la razon, para obligaros à abandonar todos los demás cuidados, y pensar solamente en vuestra conciencia; pero veamos en qué estado se halla la fé en el alma del pecador. En ella se halla la fé, porque si alguno quisiera decirme en mí no se halla, le diria, os engañais, se halla en vos efectivamente, pero embuelta en mil errores, obscurecida con mil dudas, disfrazada con la mascara de la impiedad, sin accion, sin movimiento, inutilizada, y enferma: en este estado, ya huyendo de la fé, ya impugnandola, llega el hombre à hacerse insensible; se acostumbra à mirar la Cruz como un objeto indiferente, y al Evangelio como una fabula; nada le mueve; ¿y os parece que al oír el simple nombre de la muerte, à la primera vista del peligro haveis de sentir renacer la fé en vuestro entendimiento? ¿Os parece que esta sola idea: es necesario parecer ante el tribunal de Dios, os ha de infundir el respeto, que ya está ahogado en vosotros, à la Cruz, à los Sacramentos, y à las verdades de la religion? Quiero concederoslo, pero concededme tambien vosotros lo que voy à deciros.

Si entonces vuestra fé adquiere algun movimiento, será muy débil; no bolverá con aquella viveza que nunca haveis tenido, y de la que entonces tendreis necesidad: no desterrará los habitos de horror à las cosas de la otra vida, ni de disgusto, y tibieza para con Dios, habitos radicados en vosotros, y que casi han pasado à ser naturaleza. Haced un Acto de Fé, os dirán entonces; haced un Acto de Fé, hermano mio, con el que manifesteis à Dios, y à todos los circunstantes, que moris en la Doctrina de la Iglesia. Sí creo, responderá el moribundo. ¿Creeis? Expresion cortisima, y muy

general. Esta palabra sale facilmente de los labios; ¿pero está bien gravada en vuestro corazon? ¿Borra en un instante las ideas que os han quedado de tantas conversaciones libertinas, de tantas lecturas vanas, de tantas dudas afectadas, de un atheismo disfrazado, y de una superioridad de talento imaginaria? Haveis discurrido tanto acerca de los Misterios de la Religion, de la predestinacion, de la providencia, de la inmortalidad, y de la divinidad; os haveis burlado con tanta gracia de la credulidad de los sencillos; os haveispreciado tanto de la fuerza, y sutileza de vuestro ingenio, ¿y ahora decis, yo creo? ¿Os reducís à la clase de los sencillos, è ignorantes? ¿Renunciáis à toda la sabiduría del Mundo? ¿No haceis caso ya de vuestros razonamientos? ¿No tenéis ya escrupulo alguno en estas materias? ¿No os avergonzáis ya de decir con toda la Iglesia, yo creo? Muy poderosas son estas dos palabras para causar en un momento tan poderosos efectos, y producir tan grandes revoluciones.

II. Pero aun quando creáis con una fé, y una razon despejada, esto todavia no es mas que disposicion del entendimiento; ¿pero en dónde está la disposicion del corazon? En el corazon es en donde debe consumarse la conversion. Este corazon, y esta voluntad, para obrar una verdadera conversion, ha de ser libre, sincera, y constante, condiciones que son absolutas, y necesarias: pero la voluntad de un pecador moribundo, lexos de ser libre, es forzada; lexos de ser constante, es fragil, y siempre está dispuesta à mudarse; lexos de ser sincera, es doble, fingida, y disimulada. ¿Pues qué apariencias de conversion puede haver en un corazon, en el que se hallan semejantes disposiciones?

No hay conversion sin libertad: ¿Es libre en este caso el divorcio que se hace con el pecado? ¿No es verdaderamente forzado? ¿No es efecto del miedo, y de la necesidad? Decís que abandonáis vuestros pecados;

i pe-

¿pero ah, dice San Ambrosio! No creáis à esa ilusion, vuestros pecados son los que os abandonan. Decís, que à lo menos quitáis las ocasiones, y los objetos, este es un abuso; las ocasiones, y los objetos os dexan à vosotros; ¿con qué dolor los veis huir! ¿Qué no hariais, si pudierais, por detenerlos! ¿Pues cómo podeis preciarios de que los abandonáis? A lo menos decis, que ofrecéis à Dios vuestra vida en expiacion de vuestros pecados; sacrificio imaginario, inutil, y loca presuncion: Dios es quien os arranca la vida, vosotros no haveis hecho mas que cuidar de ella mientras haveis tenido alguna esperanza de salvarla; haveis disputado hasta su última centellita; ¿y ahora, quando ya no es vuestra, pretendéis ofrecerla, y sacrificarla à Dios?

Pero supongamos que la ofrenda sea libre, y la conversion voluntaria, ¿hasta cuándo durará? ¿Durará hasta la muerte? ¿Quisiera Dios que así fuese! Porque sin hablar de las recaídas, que son tan frecuentes en la mayor parte de los que se libran de este riesgo, ¿qué peligro de inconstancia no hay en el mismo instante de la muerte? ¿A cuántos inopinados asaltos, y à cuántas nuevas tentaciones no está expuesto el hombre en aquel momento? Si no haveis sabido resistir à estas tentaciones durante la vida, ¿cómo podreis vencerlas en la muerte? Quando gozábais de perfecta salud, quando saliais de la Iglesia, y aun acaso quando os levantabais del sagrado tribunal de la penitencia, en donde acababais de recibir la gracia, ¿qué era menester para que la perdiesséis? ¿Qué era menester para que bolviesséis al pecado? Bastaba una memoria, una idea, un repentino afecto ácia los objetos que acababais de detestar. En el tiempo de vuestra perfecta salud nada mas se necesitaba para que bolviesséis à someteros al yugo de vuestro antiguo tyrano. ¿Pues qué será quando ya estén abatidas vuestras fuerzas, y quando él aumente sus furores contra una alma que hasta entonces ha sido su esclava,

Tom. III.

Ddd

y

y que muy presto ha de ser su presa? Con que un solo pecado, un pecado de costumbre, un pecado de corazon se represente à su idea, à su débil imaginacion; con que el corazon débil mire con complacencia por un solo instante à aquella fantasma; con que sienta dexarla, no haverla de ver mas, ya basta: Si este es el ultimo movimiento del corazon, será tambien el ultimo soplo de la vida, y el suspiro decisivo de una infeliz eternidad. Ministros zelosos, amigos caritativos, orad, llorad, pronunciad en altas voces el nombre del Salvador cerca de aquellos oidos sordos; aplicad el Crucifixo à sus ojos, y à sus labios; aumentad vuestros gritos, que pada veis de lo que está pasando en aquel entendimiento, y en aquel corazon. Dios lo vé, Dios le condena, muere, y se halla condenado.

¿Pero qué necesidad hay de que en su ultimo suspiro se presente à su memoria, ni se fixe en su corazon la fantasma de su pecado? ¿Havia acaso salido de él? ¿Le havia detestado con una voluntad sincera? ¿Le havia apartado de sí? ¿En qué os parece que consiste el convertirse con una voluntad sincera? Consiste en amar lo que antes aborreciais, y en aborrecer lo que antes amabais: consiste en amar à Dios mas que à todas las cosas criadas, y en aborrecer al pecado mas que à todos los males. Para una mudanza tan difícil, tan necesaria, y que tanto insta, ¿qué cuidado, y qué valor no se necesita? ¿Qué dificultades no tiene el pecador para hacer semejante esfuerzo de valor, à vista de la flaqueza à que le ha reducido el habito de pecar? Este habito ha producido en él la multitud de pecados, la enormidad de pecados, la facilidad de pecar, y la insensibilidad en el pecado: desde su tierna edad, y en todas las edades de su vida ha sido cobarde para huir de él, y para abandonarle: mil veces ha respondido à los que le instaban para que saliese de su mal estado: No puedo, no me hableis de eso, por ahora me es im-

posible; y quereis que quando ya se halle con el alma entre los labios, tenga valor, y constancia para decir sinceramente, ahora puedo!

Pues si podeis, Catholicos, oid lo que os dice el Sacerdote con el Crucifixo en la mano: Hermano mio, haveis confesado que creéis, pero no basta esto; haced Actos de amor de Dios, porque sin amor à Dios no hay salvacion; este es el punto esencial: Pues bien, responde el moribundo, hagamos Actos de amor de Dios; ¿pero qué es lo que he de decir? ¿Qué es lo que he de hacer? Ayudadme vos.

¿Que os ayuden! ¿Ah, pecador digno de lastima! ¿Que os ayuden à hacer Actos de amor de Dios! ¿Necesitabais que os ayudasen para amar al Mundo, sus modas, sus vanidades, sus compañías, y sus excesos, à los que vuestro mal corazon se inclinaba por sí mismo, y sin auxilio alguno? Nacisteis para amar à Dios, porque este es el unico fin del hombre; nacisteis para amar à Dios, y no le haveis amado en todo el curso de vuestra vida; esperais para amarle el momento de vuestra muerte, ¿y aun en este deplorable momento teneis necesidad de ayuda, y de socorro ageno para amarle?

Débil suplemento para una obligacion que es necesaria personalmente: Inutil suplemento, el amor de Dios en los labios del Sacerdote, quando debiera estar gravado en lo íntimo de vuestro corazon. Si este amor estuviera en vuestro corazon, ¿cómo os haria sentir el odio à vuestros pecados! ¿Cómo se haria sentir él mismo! ¿Puede amar un corazon, sin sentir que ama? ¿Con qué demostraciones no se daba à conocer el amor de Dios que habitaba en los corazones de los Santos Penitentes! ¿Qué esfuerzos no hacía el amor de Dios en el corazon de San Pablo? Amaba à Dios hasta poner por testigos de su amor à todas las Potestades de la tierra, del Cielo, y de los Infernos, hasta desafiar à todas las criaturas à que le separasen de este amor: ¿Quis nos

separabit à charitate Christi? Mors, aut fames, aut gladius. Este hombre dice, Señores, que es penitente; esto es, que ninguna cosa criada puede disputar à Dios el primer lugar en su corazon; que nada ama ni contra Dios, ni mas que à Dios, ni tanto como à Dios: sin dar à Dios todas estas preferencias, no hay conversion verdadera, ¿cómo es posible que estas preferencias existan en el corazon, sin que éste las sienta? ¿Cómo es posible que con estas preferencias no pueda decir à Dios, sin socorro ageno, Dios mio, yo os amo? ¿Haveis de ser Vos, ò Dios lleno de bondad, el unico objeto que se pueda amar, sin sentir que se ama, y sin poderlo explicar! ¿Podrá el hombre morir christianamente, y esperar ir à gozar de vuestra gloria, sin haber hecho, durante su vida, y sin saber hacer en la hora de su muerte el acto mas esencial de Christiano?

Considerad, Señores, cuál será la afliccion de un Confesor zeloso, y sincero, à vista de esta estupidez del moribundo; no sabe qué hacerse, no se atreve à privarle de la esperanza, ni halla fundamento para persuadirse; teme lisonjearle, usando con él de flaqueza, y teme desesperarle si usa de su rigor; igualmente desconfia de su piedad, y de su zelo. ¡Ah, qué diera en esta confusion por poder dispensar de que amaseis à Dios! ¡Qué diera por poder suplir con el zelo de sus palabras, y con la ternura de su corazon, la insensibilidad del vuestro! ¡Qué diera porque estos deseos fuesen admisibles en el tribunal de Dios!

Pero esto es imposible, Catholicos, es necesario creer personalmente, y amar personalmente. ¡Quántos momentos perdidos se hallan en el discurso de vuestra vida, en los que haveis tenido tiempo de excitaros à amar à Dios, de aprender à amarle, y de acostumbraos à amarle! ¡Quántos momentos felices haveis tenido, en los que la gracia instaba à vuestro corazon, y en los que vosotros, para resistirla, tuvisteis necesidad de tor-

da la obstinacion de vuestra malicia! Entonces, entonces hablaba Dios; el entendimiento, y el corazon no tenian que hacer mas que seguirle; ahora Dios ya no habla: su entendimiento, y su corazon están cerrados à vuestra miseria; vuestro entendimiento, y vuestro corazon están cerrados à su bondad; ¿pues qué os queda que esperar sino los rigores de su justicia? Catholicos, todavia os quedan estos felices momentos; Dios os habla en este instante que yo os estoy hablando. No esperéis à que pasen estos instantes; aprovechaos de ellos para hacer una pronta penitencia; esto os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

